

LITERATURA LIBROS

Año IV • N° 204
• Domingo 8 de Marzo de 1992

La Epoca

■ Dos antologías poéticas chilenas

■ La amistad de Henry Miller y Lawrence Durrell

■ La novela inconclusa de Flaubert

■ Europeos de segunda

En Nueva York con Sherwood Anderson

María Luisa Bombal

Encontrarse de pronto con que una ciudad encaja dentro de su leyenda es, desde luego, una emocionante sorpresa. Pero si llega, como Nueva York, a sobrepasar su leyenda, con qué infinito bienestar se mueve uno por ella.

En Nueva York no hay rascacielos. Quiero decir lo que nosotros entendemos por rascacielos: un edificio descomunal e indiscreto como un grito. Las dimensiones arquitectónicas de Nueva York son diferentes de las nuestras; Nueva York es una ciudad de proporciones más poderosas y exaltadas, eso es todo. Manhattan está toda construida a una misma escala, sin nada que sobresalga, sin nada que pretenda pujar como un desafío a la lógica y a las leyes de la armonía. Estamos frente a otra lógica. En Nueva York no hay rascacielos.

Nueva York es la ciudad del silencio. Porque Nueva York, la ciudad en donde transitan y se entrecrocán todas las razas, donde se hablan todas las lenguas, la ciudad del movimiento, de las aglomeraciones es una ciudad... silenciosa. Los límites de su silencio comienzan en los muelles adonde la aduana canaliza y distribuye el aporte humano de varios vapores a un tiempo. De entrada, la ciudad impone natural y automáticamente la más elegante de las disciplinas: el silencio. Y también la ciudad del orden es la ciudad de la simpatía y el respeto al prójimo. Los americanos parecen haber comprendido mejor que nadie que la civilización consiste ante todo en un pacto y una transacción. Un pacto consigo mismo, con la parte subversiva de sí mismo, y un pacto y una transacción con los demás. Allí nadie antepone

Este texto de María Luisa Bombal —prácticamente inédito—, escrito con ocasión de su asistencia al Congreso del P.E.N. Club, realizado en Nueva York a fines de los treinta, le permite no sólo una apreciación de la gran ciudad sino también un contacto directo, casi íntimo, con Sherwood Anderson, uno de los escritores norteamericanos más relevantes del momento



sus ventajas, impulsos o ideas personales a lo que se ha establecido como regla de bienestar general; y la regla es respetada hasta tanto no se haya encontrado una más eficaz.

Nueva York es una ciudad poética. Allí no se ha perdido el impulso imaginativo, sentimental o "feérico", porque se ha ganado en organización y en practicismo.

Los puentes —kilométricos hilos de tela de araña suspendidos entre riberas diferentes como dos mundos—; el Central Park donde se pasea entre cespedes, estanques, pájaros y cisnes, remanso que la ciudad cerca por todos sus lados como un bloque; y las idílicas estaciones de recreo; y la moda romántica de las mujeres; y el Planetarium donde se asiste a las posibles y diferentes maneras del fin del mundo; y los pabellones de la exposición: —el de la General Motors—, que más que una demostración de fuerza industrial son una expresión de alegría y de fantasía —todo parece concebido y realizado por un ser ingenioso y sensible que tuvo una infancia demasiado corta, que se quedó con ganas de jugar y al que de grande la vida le ha brindado, junto con elementos inalcanzables cuando era niño, la ocasión de realizar los juguetes apetecidos en sus sueños infantiles.

Cuando dije que quería conocer a Sherwood Anderson hubo sonrisas irónicas, exclamaciones escépticas. "¿Sherwood Anderson? Nunca ve a nadie. ¡Es inaccesible! Hay que entenderse con su editor".

Sin embargo, fue W.W. Norton, que no es el editor de Sherwood Anderson, quien me consiguió, rápida y gentilmente, la entrevista que solicitaba. Mrs.

Sherwood Anderson me llamó al hotel una mañana y me citó para esa misma tarde a las 16.

A bordo yo había preparado, con la inexperiencia de una periodista de ocasión, una serie de preguntas pomposas con las que me proponía poner al descubierto "el espíritu del escritor americano"; a saber:

a) ¿Tiene, según usted, derecho el escritor a aislarse, a permanecer ajeno a los problemas sociales, a no tomar parte activa en la política?

b) ¿Qué escritores, qué literatura, qué tendencias han ejercido según usted influencia en su propia literatura?

c) ¿Qué opina usted de la América del Sur, de su cultura, cuáles pueden ser nuestras afinidades intelectuales con los Estados Unidos, etcétera?

Pero Sherwood Anderson vino a abrirme en persona la puerta de su casa, un espacioso estudio de altos vitrales. Esta recepción tan poco solemne no estaba en mis cálculos. Sin embargo, sin inmutarme, me puse a observar con curiosidad alrededor mío. Sherwood Anderson me advirtió sonriente: "No se dé tanto trabajo. Este estudio no es mío. Nos lo ha prestado una amiga mientras estamos aquí. Nosotros vivimos en el campo. En Virginia". Y sin más preámbulos me presentó a su señora, una graciosa americana tan inteligente como tranquila.

A pesar de todo, y para no dejar de cumplir con lo que yo consideraba mi deber de periodista formulé la primera pregunta. —¿Tiene según usted el escritor derecho a aislarse, a no tomar parte activa en la política?

Sherwood Anderson me miró gravemente un instante.

—Oh, sí; si es que puede.
—¿Cómo es posible que no haya concurrido un solo escritor americano a las sesiones del P.E.N. Club? —pregunté a renglón seguido, traicionando desde luego mi programa.

—Oh, sabe usted, a nosotros los escritores americanos no nos gusta hablar tanto y tanto. Preferimos escribir cada cual en su rincón; mal o bien, pero escribir.

Y Sherwood Anderson sonrió con simpatía y con un poco de cansancio.

La ocasión me pareció buena para sincerarme:

—Francamente (no pude menos que decirle) no tengo pasta de periodista, Sherwood Anderson. ¡Qué parecido es usted a Sherwood Anderson!

Porque el autor de *Poor White* y de *Death in the Woods* era realmente igual a la idea que nos hacemos de él: varonil, franco, canoso, de una seriedad tan alegre, de una inteligencia accesible y serena.

La señora de Anderson trajo whisky. Ella y su marido me mostraron luego el jardincito sobre el que se abría el estudio, luego el estudio y los cuadros de la amiga, y sonriendo con benevolencia de mis entusiasmos, me hicieron a su vez preguntas. Pero fue a mí a quien tocó sonreír cuando Sherwood Anderson manifestó su sorpresa ingenua a la par que cierta incredulidad de que en la América del Sur pudieran conocer sus libros.

—¿Cómo? ¿En qué idioma? ¡En inglés!

—Sí, en inglés o en traducciones al francés y al español también.

—¿Así es que en la América del Sur saben que yo existo? ¡Qué raro! ¡Qué maravilla!

—¿Le gusta a usted Greta Garbo? —le pregunté antes de irme a quemarropa y resuelta ya a quebrar definitivamente

con mi austero programa periodístico.

—¡Oh, oh! —rió a carcajadas—, creo que soy el único americano que se haya librado de verla. No voy nunca al cine. Y encarándose con su encantadora mujer la interrogó a su vez—: ¿Le gusta a usted Greta Garbo? Conteste por mí”.

“América del Sur, América del Sur”, repetía mientras me acompañaba hasta la puerta.

Al día siguiente me mandó una carta de la que transcribo aquí algunos renglones.

“Se está hablando mucho de la necesidad para todos nosotros, en nuestras dos Américas, de tratar de conocernos mejor los unos a los otros. Creo que eso debiera emprenderse comenzado por la traducción y publicación aquí de vuestros novelistas y poetas... En estos momentos existe, sin duda alguna, un gran interés por la América del Sur. Me atrevo a afirmar que no es sólo un interés de orden comercial; hay en éste interés una especie de sentimiento nuevo. Algo terrible parece haberse apoderado del Viejo Mundo. Ya no podemos seguir tomando nuestros impulsos culturales de allí. Algo está allí corrompido”.

Como invitada al congreso del P.E.N. Club, no pudo menos que impresionarme profundamente la última frase de su carta. Todos los escritores europeos que frecuentaba en las sesiones y en los viajes sólo me parecían preocupados en vigilar sus derechos de autor. Yo los observaba moverse en ese maravilloso país. Los intelectuales europeos vienen a América a ver América según se les ha antojado a ellos que es América, me decía. Tienen miedo de ver las cosas limpia y sinceramente, sin prejuicios ni lugares comunes. Parecía que temiesen recoger nuevas impresiones, ver nuevos paisajes, como si cada nuevo elemento, en lugar de enriquecerlos, fuera a romper el equilibrio precario de sus parsimoniosas vidas intelectuales.

¡Qué distinto fue, en cambio, el gran paseo a que nos invitó en su coche Sherwood Anderson para mostrarnos algunos aspectos de Nueva York! China Town, Harlem, donde cada espectáculo y cada tipo de negro entusiasaban a Sherwood como si los estuviera viendo con nosotros por primera vez. A la vuelta de una calle un ne-



gro muy elegante y deportivo se bajó de su automóvil y vino a reprender a Sherwood, que maneja deplorablemente. El más ilustre de los escritores americanos escuchó con atención y expresión suave el discurso, por lo demás bastante insolente, del *gentleman* de color, y poco faltó para que se excusara.

—Jamás un negro se atreve a interpelar así a un americano —intercedió alguien—. Ha sido usted demasiado indulgente. Anderson sonrió y explicó:

—Si hubiera sido un blanco, no respondo de lo que hubiera pasado; pero a un negro mejor es dejarle la ilusión de sus derechos.

Como la mayor parte de los intelectuales americanos, Sherwood Anderson ama a los negros; un amor hecho de curiosidad y a la vez de prudente e inteligente admiración.

Después fue Wall Street y los docks, la ciudadela industrial de Nueva York. Y entre los bancos y las centrales de las grandes compañías comerciales, la iglesia de la Trinidad, negra y esbelta, rodeada del apacible y abierto cementerio, y el gran revuelo de palomas en las estrechas calles empinadas.

Luego pedí a Sherwood Anderson que nos detuviésemos en algún lugar estratégico de donde pudiera ver clara y concretamente la Estatua de la Libertad.

—“Girl Lib” —me corrigió él. Yo alegaba que la famosa estatua no era más que un telón de fondo, una especie de réclame que utilizaban sobre todo las películas norteamericanas, que “Girl Lib” no podía existir, puesto que los norteamericanos encontraban siempre manera de hacer entrar al viajero al puerto a una hora en que le era imposible abrir los ojos para

darse el gusto de verla; o si no para más seguridad en medio de una espesa neblina.

—De todas maneras se arreglan para que uno no pueda ver si es cierto que...

—Usted nos está calumnian-do —interrumpió Sherwood—. Mírela allí.

Allí estaba, en efecto, frente a nosotros; pero tan lejana, tan remota, tan ligera en el atardecer gris que hasta el día de mi partida sostuve al maestro que con una falta de lealtad impropia entre escritores se había ingeniado por patriotismo en mantener una mentira tradicional de la gran ciudad.

Durante el trayecto de vuelta Sherwood Anderson, con un entusiasmo y una sencillez sin límites, me habló del libro que estaba escribiendo, del capítulo que acababa de resolver esa misma tarde, antes de venir a buscarnos. Me preguntaba casi mi opinión.

—Es una situación un poco extraña —me decía—. Pasa en una casa de campo, de gente más bien humilde. Una casa de madera aislada en medio del campo. Los tabiques son muy delgados. El hijo recién casado trae a su mujer a vivir a la casa, y durante las noches la madre viene a ser el testigo forzoso y mudo, el oído involuntariamente atento del amor de la joven pareja. Esta situación crea un extraño complejo en la recién casada...”

Por la noche tuvo lugar el banquete solemne con que fue-

ron cerradas las sesiones del congreso de los P.E.N. clubs. Ochocientas personas, pero muy pocos escritores americanos. Negrín estaba sentado en la mesa cabecera. El día anterior había llegado de España. Algunos sudamericanos lo mirábamos ingenuamente emocionados, conmovidos por el drama que significaría para él tener que sentarse vestido de frac a una mesa, por demás literaria y elegante, al día siguiente de una capitulación tan dolorosa. No fue lo mismo cuando al final del banquete accedió a tomar la palabra y con la copa en la mano bromeó sobre su mala dicción inglesa, habló de la belleza de los rascacielos, etc. Entonces su resignación nos pareció un tanto exagerada.

Pero la noche nos tenía reservadas otras sorpresas; Pearl Buck nos habló breve y sobriamente de la China destrozada, y luego se levantó y habló la China misma en la persona del ilustre escritor Lin Yutang; habló esta vez con la alegría y la verbosidad de un *speaker* de radio.

No sé qué pensaría en ese momento Pearl Buck. Por mi parte, mientras volvía al hotel la frase de Sherwood Anderson me resonaba en los oídos:

—Algo terrible parece haberse apoderado del Viejo Mundo. No podemos ya seguir tomando nuestros impulsos culturales allí. Algo está allí corrompido. (*La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*) ■

